

Tiempo Presente

El aviso.

Emilia recoge la foto y algunas más de la caja de cartón, las guarda en su maletín y abandona la casa familiar. Al poco ve a una mujer muy vieja y ciega que se acerca tanteando con su bastón los linderos del camino.

EMILIA.- ¿Quiere que le ayude?

CIEGA.- Gracias pero conozco el sendero. Tu no eres de estas tierras ¿verdad?

EMILIA.- No, pero mi padre sí nació aquí.

CIEGA.- Soy muy vieja, seguro que lo conocí ¿su nombre?

EMILIA.- Félix.

CIEGA.- Félix, Félix... lo recuerdo, el hombre de los pájaros.

EMILIA.- ¿Cómo dice?

CIEGA.- Nada, cosas mías, ¿y qué tal está?

EMILIA.- Falleció hace unos años.

CIEGA.- Lo siento ¿y le fue bien a pesar de todo?

EMILIA.- Normal, supongo.

CIEGA.- Y tu ¿qué haces por aquí?

EMILIA.- Vine ayer a ver a un familiar pero me marchó ya.

CIEGA.-¿A tu tío José?

EMILIA.- Sí ¿cómo lo sabe?

CIEGA.- Venías buscando respuestas y te vas sin ellas ¿no es así?

Aunque ciega veo el interior de las personas.

EMILIA.- ¿Quién se lo ha contado?

CIEGA.- Nadie me ha dicho nada, pero quien indaga en el pasado es porque busca certezas.

EMILIA.- Yo no las he encontrado.

CIEGA.- No abandones el pueblo, vuelve y pregunta de nuevo, te responderán.

EMILIA.- ¿Cómo sabe que lo harán?

CIEGA.- Andando por estos estos caminos a menudo oigo hablar al viento.

EMILIA.- ¿Quién es Vd.?

La Ciega no responde y sale. Emilia va tras ella.

Tiempo Pasado

La carta.

Un sol invernal ilumina un parapeto de sacos a los pies de un cerro yermo. Se oyen en off disparos, estallidos de bombas y otros sonidos que nos indican que hay un combate cerca. Vemos a Félix, de soldado, que se arrastra hasta llegar a un resguardo y apunta con su arma. Intenta avanzar desde su posición, pero cada vez que lo hace, una ametralladora escupe su veneno. Tras varias tentativas, desiste, apoya su espalda en los sacos y se deja caer hasta quedar sentado sobre el barro. Saca un petaca y bebe un largo trago, después saca dos bolsitas, una con grifa y otra con tabaco, papel de liar y chisquero; nerviosamente enrolla un cigarrillo al que da unas rápidas caladas.

Un poco más calmado saca de su bolsillo interior una carta. A la vez que la desdobra, entra Luisa con abrigo negro y se adelanta a proscenio.

LUISA.- Querido hijo: Me ayuda a escribirte esta carta nuestro vecino. Espero que al recibo de la presente te encuentres bien; tu

hermano y yo bien; aquí vamos terminando con la trilla porque, aunque no estás para ayudarnos, podemos solos, ya sabes que este año la cosecha ha sido poca cosa. No te puedo perdonar que te fueras al frente voluntario, me diste un gran disgusto.

FÉLIX.- *(Deja de leer la carta y mira al público)* Una noche nos sacaron en unos autobuses llenos de agujeros y manchas sanguinolentas. Salimos para Osera, un pueblo en la carretera de Barcelona. Ese fue mi primer bautismo de sangre, salí para la primera línea de fuego y no la habría de dejar hasta que terminara la contienda.

LUISA.- *(Continúa con el texto de la carta)* No se me va de la cabeza que estás en primera línea de fuego por tu terquedad, por tus ganas de escapar de mi lado a pesar del sacrificio que tuve que hacer para que estuviéramos juntos.

FÉLIX.- Creo que no hice más que los otros, pero tampoco menos que los demás; mucho podría decir de la guerra, muertos, desolación, calamidades, peligros, aventuras, vicios y amoríos, mas esto está reservado para otros más expertos que yo... pero sí quiero hacer constar que siempre me mantuve muy cerca del peligro según corresponde a primera línea en una guerra tan sangrienta y fratricida.

LUISA.- *(Sigue la carta)* El escapulario bendecido que te entregué antes de salir da fe que quiero que vuelvas sano y salvo. Ayer juré que a partir de hoy y hasta que no te vea entrar otra vez por la puerta de casa, voy a hacer todas las labores del campo con el abrigo puesto, invierno y verano. Cuídate, hijo, tu hermano y yo te esperamos.

Luisa
sale.

Félix besa la carta, la dobla y guarda de nuevo en el bolsillo interior. Bebe y apaga el cigarrillo. Los sonidos de la contienda siguen.

.- Sin embargo, estoy satisfecho, me siento a mis anchas, pues aquí nadie me habla de mi pasado ni me conoce, aquí no se valoran los hombres por su procedencia sino por su comportamiento y arrojo. No obstante, ante tanta miseria y tanto jugar con la muerte, cuántas veces he deseado que la primera granada segara mi vida y así tener la oportunidad de rehabilitarme muriéndome heroicamente. He sido el primero en apuntarme a la fuerza de choque cuya misión es dar golpes de mano, atacar por sorpresa. Mas a pesar de mi desprecio por la vida y de estar siempre en el puesto de más peligro, no recibiré ni un rasguño y, premiado con dos ascensos, volveré a casa con honores para encontrarme otra vez con los pajarracos negros que no dejan de recordarme quién soy.

Félix sale.